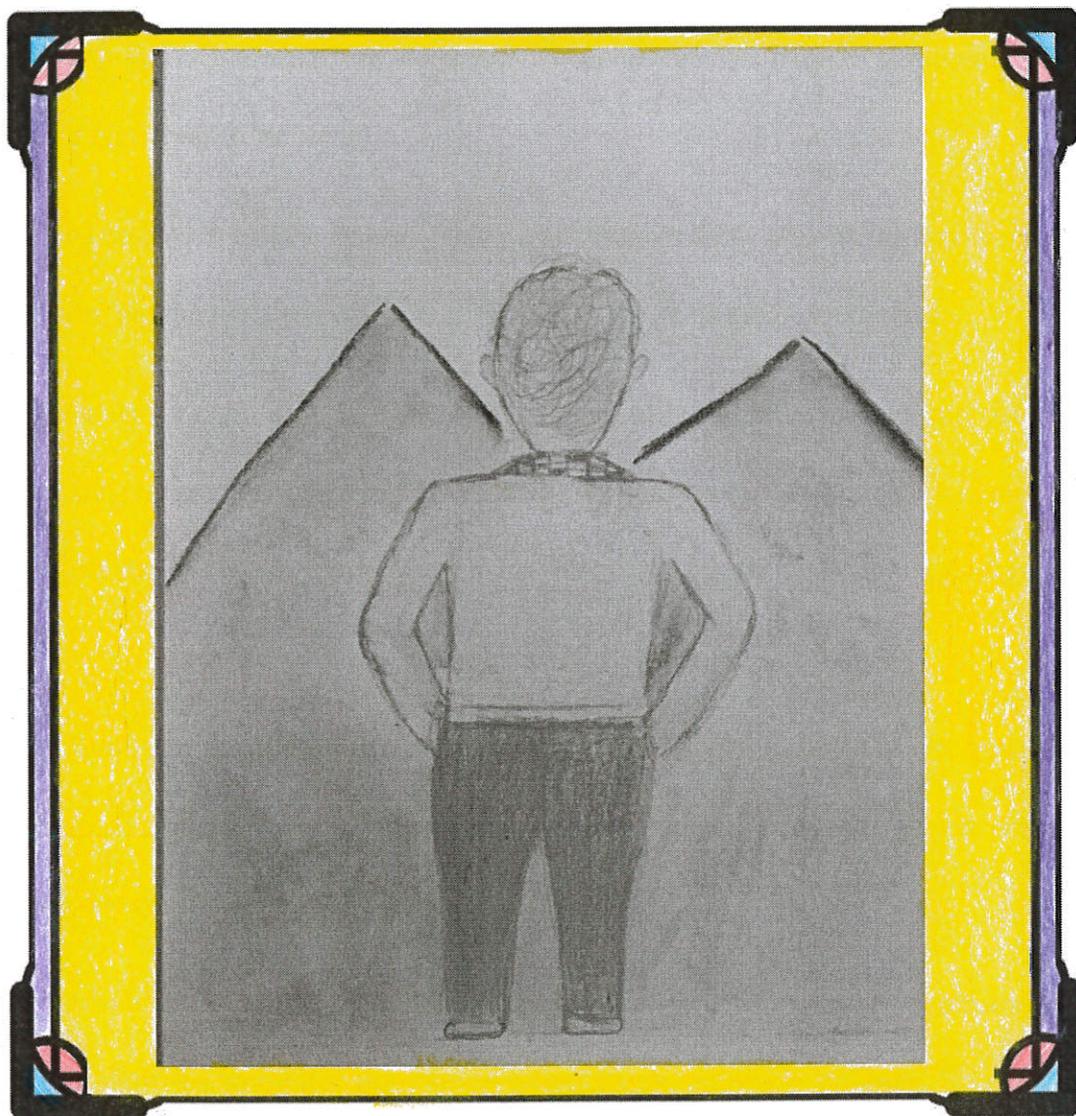


MI ABUELO ES EL MEJOR



Antes no se vivía como ahora, ni mucho menos. No tenían tantos juguetes, aun así, saltaban a la comba, jugaban a las tabas, al pilla pilla o a cualquier otro juego que necesitara pocas cosas materiales, o incluso ninguna, y sí de mucha imaginación. Además, en imaginación y destreza con sus manos a mi abuelo no le ganaba nadie, desde un avión hasta un barco... con pocas cosas te hacía un juguete.

Mi abuelo se llamaba Mariano, como su padre, y le encantaba andar, sobre todo conmigo.

Fue guardia, pintor, paracaidista, agricultor... porque se dedicó a muchas cosas en su vida. Nació en el Cerro, un pueblo al sur de Salamanca. Allí está el balcón de Extremadura, tiene unas vistas preciosas, es un lugar muy bonito. Cuando él era joven había muchos árboles frutales como manzanos, perales, melocotoneros e higueras, entre otros.

En aquellos años no tenían mucho tiempo para jugar después de ayudar en las tareas del campo; pero el rato que tenían, jugaba en la plaza con el resto de niños y se echaban unas risas.

Otros juegos de la época eran saltar al burro, jugar al escondite o al bote, que era parecido. Las carreras de chapas eran tan fáciles como coger chapas viejas de las botellas e intentar llegar a la meta más rápido que los otros, desplazándola con los dedos. A estas carreras también jugaron mis padres. Ahora ya no se utilizan.

Otro juego que tampoco se utiliza, por los juguetes y la tecnología, fueron las canicas. Antes eran de barro, de metal o de cualquier material que tuvieran a su alcance. Todos estos juegos eran al aire libre en la calle y con amigos, no les importaba si hacía calor o frío.

En esos años las familias eran autosuficientes, vivían de lo que el campo producía en cada época del año y de lo que le daban los animales que tenían como vacas, cabras o gallinas. Si algo no tenían y necesitaban se lo cambiaban al vecino o se lo daban. De vez en cuando, algún comerciante pasaba vendiendo productos que no tuvieran en el pueblo como mantas o sábanas. Raramente iban a la ciudad porque los desplazamientos eran muy largos y su vehículo era el burro.

La única tecnología era la radio, para enterarse de las noticias y escuchar las canciones de la época, no había plásticos y podías heredar ropa de varias generaciones.

No había quiosco, ni supermercados, ni tan siquiera había agua corriente, la tenían que ir a buscar a las fuentes y manantiales con cubos o botijos, para lavar la ropa, iban a los lavaderos con sus tajuelas.

Su atracción preferida era subirse en el trillo que arrastraban los animales en la cosecha, hacer presas con los mayores, aunque terminaras empapado.

A mi abuelo le gustaban mucho los animales y cualquier flor o árbol que él plantaba crecía seguro.

Era también muy aficionado a los relojes, le encantaban... por eso en cuanto pudo, con su primer sueldo, se compró uno y lo perdió un día en la playa, y gracias a una señora muy amable lo recuperó. Mi abuelo estuvo agradecido con esa señora mucho tiempo porque fue su primer reloj. A lo largo de su vida se compró muchos más y ese dejó de funcionar. Ahora sí que funciona porque me madre lo mandó arreglar.

Claudia Sánchez Muñoz.